



Haga un puño con una de sus manos. Échele una mirada. En lo profundo del pecho de cada uno de nosotros se encuentra un músculo hueco, del tamaño aproximado de un puño: catorce por nueve por siete centímetros. En los hombres pesa cerca de un tercio de kilogramo; en las mujeres, cerca de un cuarto. Está permanentemente ocupado. Está bombeando cerca de cinco litros de sangre por todo el cuerpo todo el tiempo. Bombea más de 100,000 veces por día, sea que la persona esté despierta o dormida. Está conectado a cerca de 160,000 kilómetros de tubería —llevando nutrientes y oxígeno por todo el cuerpo y removiendo los residuos para mantener ese cuerpo vivo y alerta. Nunca se cansa. Este órgano es controlado por médicos desde antes de que uno nazca hasta el momento de su muerte. Estamos, por supuesto, hablando del corazón, el núcleo de la vida física.

Así como el corazón *físico* es el centro de la salud física, así también el corazón *espiritual* es el centro de la salud espiritual.<sup>1</sup> El corazón espiritual es invisible. Si se pudiera sostener en la mano, usted no podría verlo. El más habilidoso cirujano no tendría un escalpelo que lo pudiera tocar. No obstante, así como el corazón físico es la permanente preocupación del médico, así también el corazón espiritual es la permanente preocupación de Dios. Del modo que marche el corazón así es el andar del individuo con Dios.

## UNA DEFINICIÓN DEL CORAZÓN ESPIRITUAL

¿Qué tan importante es el corazón para Dios? El libro más grande de nuestra biblioteca es una copia de la Concordancia Analítica de la Biblia de Young. Es una concordancia exhaustiva, lo cual significa que contiene todas las palabras de la Biblia ordenadas alfabéticamente. Es un libro multicolumnar con enormes páginas y de tamaño de letra tan pequeño, que casi es necesaria una lupa para poder leerlo. En este libro hay tres páginas enteras dedicadas a la palabra "corazón" —¡más de mil referencias! Echémosle una mirada a una de esas referencias, la cual expresa de manera hermosa lo que queremos decirle:

Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón (1 Samuel 16.7).

La palabra del hebreo que se traduce con la frase "lo que está delante de sus ojos" significa literalmente "rostro". Dios le dijo a Samuel que no mirara lo externo. Los hombres miran lo superficial, pero "Jehová mira el corazón" —lo invisible, lo intangible, la esencia misma de lo que somos. Es allí donde él puede ver lo que amamos y odiamos, nuestro interés o falta de interés en él, si somos o no somos genuinos.

A los corazones saludables se les llama por varios nombres en las Escrituras, entre ellos: corazones de integridad, corazones que son puros, corazones de compasión, corazones que alaban, corazones alegres que hacen el bien cual medicina, corazones gozosos, corazones de sabiduría, corazones preparados, y así por el estilo. A los corazones enfermos se les designa como endurecidos, obstinados, divididos, engañosos y orgullosos. A los idólatras se les llama personas cuyos corazones se han vuelto a otros dioses. Al corazón que se encuentra en la peor de las condiciones, se le llama corazón ciego.

Un breve estudio de la palabra "corazón" puede mostrar qué tan vital es este estudio. En el idioma hebreo, la palabra que se traduce como "corazón" es *lebab*: Robert Girdlestone comentó esta palabra en su obra *Sinónimos del Antiguo Testamento*:

[El corazón] no sólo incluye los motivos,

<sup>1</sup> Esta lección se basa en un sermón predicado por Charles Swindoll, por la radio, hace varios años.

sentimientos, afectos y deseos, sino que, también la voluntad, las intenciones, los principios, los pensamientos y el intelecto. De hecho abarca la totalidad del ser interior, no es nunca a la cabeza a la que se le considera la sede de la inteligencia, es siempre al corazón al que se le considera tal. A la vez que se le considera la fuente de todo pensamiento y sentimiento, al corazón también se le describe como el receptor de todas las influencias, tanto las que provienen del mundo exterior como la que proviene de Dios mismo.<sup>2</sup>

La contraparte del Nuevo Testamento es *kardia*, palabra de la cual obtenemos los términos “cardiólogo”, “paro cardíaco”, y “cardiograma”. Kittel, en su Diccionario Teológico del Nuevo Testamento, de nueve volúmenes, trazó el significado de la palabra *kardia* y luego hizo notar lo siguiente:

Que el corazón es el centro de la vida interior del hombre y la fuente o sede de todas las fuerzas y funciones del alma y del espíritu, es algo que se comprueba de muchas diferentes maneras en el Nuevo Testamento. a. En el corazón moran los sentimientos y las emociones, los deseos y las pasiones. El gozo... el dolor y la tristeza,... el amor,... el deseo,... b. El corazón es la sede de la comprensión, la fuente de la reflexión... c. El corazón es la sede de la voluntad, la fuente de las resoluciones... Así, [la palabra *kardia*] incluye el significado de todo lo que tiene que ver con la totalidad del ser interior del hombre en contraste con su fuero externo,... Así, el corazón es sobretodo el mismo centro, dentro del hombre, al cual Dios se vuelve, en el cual la vida religiosa se arraiga, el cual determina la conducta moral.<sup>3</sup>

En la misma dirección que su corazón marcha, en esa misma dirección va su deseo del Señor, de su voluntad, y del propósito de Dios para su vida. Cuando el corazón físico es afectado, todo el cuerpo es afectado. Así también, cuando el corazón espiritual se endurece, se obstina y se enferma, ello afecta la totalidad del andar de uno con Dios.

Ni siquiera un médico puede notar cuando algo anda mal con el corazón espiritual. No obstante, aunque ninguno de nosotros puede jamás mirar el corazón de otra persona, Dios nos ha dado un instrumento por medio del cual podemos mirar dentro de nuestros propios corazones: el libro llamado la Biblia. Esto es lo que leemos:

Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los

pensamientos y las intenciones del corazón (Hebreos 4.12).

Cuando la Biblia expone la condición enferma de nuestros corazones, necesitamos estar percatados de la negación. Muchos que tienen ataques al corazón comienzan negándolo; esto es lo que dicen: “Esto no me puede estar sucediendo a mí. Debe ser un mal sueño, o puede ser una mala comida”. Lo que busca cada presión que ejerce el mundo, es seducir el corazón para apartarlo de Dios y para endurecer nuestros corazones en lo que respecta a la voluntad de Dios. Cuando ello nos sucede a nosotros, a menudo, nuestra primera respuesta es negar que está sucediendo. Póngase en guardia en contra de la negación durante los próximos pocos minutos, en los que acudiremos a dos pasajes que nos enseñan verdades vitales acerca del corazón.

## UN DIAGNÓSTICO DEL CORAZÓN ESPIRITUAL

### Isaías 29

Vayamos primero a Isaías 29. Podemos usar este pasaje para hacer un cardiograma bíblico. Aunque no podemos discernir la condición de su corazón, le podemos mostrar el instrumento que le ayudará a llevar a cabo el análisis. Usted debe leer su propio cardiograma. Usted debe dar cuenta, honestamente, ante Dios, del estado de salud de su corazón.

Isaías 29 se encuentra en el contexto de “los oráculos de los ayes” que el profeta pronuncia. De los capítulos 28 al 33, sólo uno de ellos comienza con una palabra que no sea “ay”:

¡Ay de la corona de soberbia de los ebrios de Efraín...! (28:1a).

¡Ay de Ariel, de Ariel, ciudad donde habitó David! (29.1a; “Ariel” es probablemente Jerusalén).

“¡Ay de los hijos que se apartan,” dice Jehová...! (30.1a).

¡Ay de los que descienden a Egipto por ayuda...! (31.1a).

He aquí que para justicia reinará un rey, y príncipes presidirán en juicio (32.1; esta es la excepción).

¡Ay de ti, que saqueas,...! Cuando acabes de saquear, serás tú saqueado... (33.1).

<sup>2</sup> Robert Baker Girdlestone, *Synonyms of the Old Testament* (N.p.: 1897; reproduction, Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., n.d.), 65. <sup>3</sup> Johannes Behm, “*kardia*”, in *Theological Dictionary of the New Testament*, ed. Gerhard Kittel, trans. and ed. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1965), 3:611–12.

Tenemos aquí una serie de condenas de juicio final. Isaías estaba, con un largo dedo, presionándole el esternón a Israel y diciendo: “El desastre está a punto de ocurrir, ¡despierta!”. Él escribió con calma en el texto, pero es una marejada de vehemencia la que surge cuando nos trasladamos de un capítulo a otro, de un ay a otro.

En el centro del capítulo 29, comenzando con el versículo 13, las palabras del profeta se llegaron a personalizar en gran manera. Antes de hacer énfasis en el diagnóstico, observemos los síntomas:

1) *El corazón no está en el servicio* (vv. 13a, c). “Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra” (v. 13a). Lo que estaba diciendo Dios era: “Hablan palabras piadosas en mi presencia. Me dan alabanza. Sus palabras suenan bien, pero...” El hablar palabras piadosas y el alabar a Dios es, probablemente, una referencia a las oraciones de los israelitas. En el capítulo 1 el Señor había dicho: “Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos” (1.15).

Volvamos al capítulo 29. Al final del versículo 13, esto fue lo que el Señor añadió: “Y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado” (v. 13c). Esto le habla a muchos como nosotros, que hemos asistido a los servicios de la iglesia desde que éramos niños, los que nos sabemos los himnos de memoria, que sabemos cómo pasar de un libro de la Biblia a otro y que podemos preparar, en segundos, una oración que puede tomar varios minutos decirla. ¿Es nuestra religión algo personal? —o ¿habrá sido algo “que [nos] ha sido enseñado”? El primer síntoma, de la enfermedad espiritual de Israel, era que ellos experimentaban las formas externas sin involucrar sus corazones en lo que estaban haciendo.

2) *Pecados secretos* (v. 15). El versículo 15 habla del segundo síntoma: el hacer lo que sabían que no debían, porque creían que nadie podía verlos. “¡Ay de los que se esconden de Jehová, encubriendo el consejo, y sus obras están en tinieblas y dicen: ¿Quién nos ve, y quién nos conoce?!”. Muchos creen que engañan a Dios cuando pecan en secreto, pero no es así. Dios lo ve todo; ¡Dios lo sabe todo!

3) *Razonamiento confuso* (v. 16). El tercer síntoma era un resultado lógico de los dos anteriores. Así es como comienza el versículo 16: “Vuestra perversidad ciertamente será reputada como el barro del alfarero”. Les estaba diciendo, en otras palabras, que estaban confundidos. Más específicamente,

les había dado por creer que Dios era como un hombre. Esto era tan ridículo, les dijo el profeta, como creer que la obra le pudiera hacer reclamos a su hacedor: “¿Acaso la obra dirá a su hacedor: No me hizo? ¿Dirá la vasija de aquel que la ha formado: No entendió?” (v. 16b). El alfarero es el hacedor, y el barro se convierte en lo que el hacedor decide que se convierta. No obstante, cuando los corazones de algunos se endurecen, ellos piensan que Dios no tiene derecho de controlar sus vidas.

Habiendo observado los síntomas, retornemos a la mitad del versículo 13 para el diagnóstico: “pero *su corazón* está lejos de mí” (v. 13b; énfasis nuestro). ¡Dios decía que su pueblo tenía problemas del corazón!

Si usted tiene problemas del corazón, es probable que nadie se dé cuenta. Usted puede darse cuenta, con sólo verme, si estoy teniendo un ataque del corazón físico, pero no puede darse cuenta, con sólo verme, si tengo un corazón endurecido. Yo puedo engañarlo a usted y usted puede engañarme a mí; pero ninguno de los dos puede engañar a Dios. Él vio la condición del corazón del pueblo en los tiempos de Isaías, y puede ver la condición del corazón de cada persona hoy día.

## Mateo 15

Es posible que usted objete con estas palabras: “Pero eso está en el Antiguo Testamento. Eso fue escrito para los judíos. ¿Cómo sabe usted que eso se aplica a nosotros?”. Vayamos al Nuevo Testamento, a Mateo 15. Cientos de años después de que el profeta escribiera Isaías 29, las palabras eran todavía apropiadas para describir a aquellos cuya apariencia y palabras eran piadosas, pero que sus corazones no estaban bien. Así, Jesús hizo uso de las palabras de Isaías cuando se enfrentó a sus críticos más persistentes: los escribas y los fariseos.

“Entonces se acercaron a Jesús ciertos escribas y fariseos de Jerusalén, diciendo: ¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los ancianos? Porque no se lavan las manos cuando comen pan” (vv. 1–2). He aquí un clásico ejemplo de mirar lo que está delante de los ojos, en lugar de mirar al corazón. Esto fue lo que Jesús respondió:

¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición? Porque Dios mandó diciendo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente. Pero vosotros decís: Cualquiera que diga a su padre o a su madre: Es mi ofrenda a Dios todo aquello con que pudiera ayudarte, ya no ha de honrar a su padre o a su madre. Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición (vv. 3–6).

La palabra del griego que se traduce como “invalidado” viene de la forma verbal de la palabra de la cual se traduce “autoridad” (*kuros*). La palabra tiene una letra alfa<sup>4</sup> al comienzo de ella, la cual es similar a nuestro prefijo “a”, cuya función es negar la palabra a la que antecede. Por lo tanto, lo que Jesús estaba diciendo era esto: “Ustedes han hecho no autoritativa la palabra de Dios por medio de su tradición”.

Jesús continuó con esta palabra: “Hipócritas” (v. 7a). ¿Cuándo fue la última vez que usted le dijo a alguien, “hipócrita”? Es probable que ello nunca haya sucedido en su vida, aunque pueden haber habido momentos cuando hubiera sido apropiado. Como regla, nunca llamamos hipócritas a otros, porque no podemos tener certeza de que lo sean —pero Jesús podía. Jesús miró en el corazón de sus críticos y esto fue lo que en efecto les dijo: “Ustedes están atrapados en lo superficial, y están criticando a gente que no observa sus tradiciones; pero dentro de ustedes no hay verdadero amor hacia Dios. ¡Ustedes tienen un corazón corrupto y enfermo!”.

En Mateo 15.7b–9 Jesús citó los versículos que miramos en Isaías 29: “...bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres”. Como gran médico que es, examinó a aquellos hombres y les hizo un diagnóstico: “A menos que hagan algo al respecto, la condición de ustedes es terminal. No hay esperanza. Tienen problemas del corazón y ¡están a punto de un fatal ataque cardíaco!”.

Jesús se volvió de los fariseos a los demás presentes y les dijo: “Oíd y entended: No lo que entra en la boca del hombre contamina al hombre; mas lo que sale de la boca, esto contamina el hombre” (vv. 10b–11). Vaya a cualquier librería y encontrará volúmenes acerca de lo que *entra* a la boca —libros de cocina, libros sobre nutrición, y así por el estilo— pero lo más probable es que no encuentre libros acerca de lo que *sale* de la boca. Lo que entra a la boca es importante, pero lo que proviene de la boca es más importante —pues nuestras palabras revelan lo que hay en nuestros corazones (Lucas 6.45).

Jesús había mirado dentro de lo más profundo del ser interior de los fariseos y esto es lo que, en efecto, había proclamado: “El problema de ustedes no es esencialmente un problema de adoración; no es ni siquiera doctrinal; ¡el problema de ustedes es un problema del corazón!”.

Si la gente no asiste a los servicios de adoración fielmente, es probable que no sea un problema de asistencia tanto como del corazón. Nos preocupa cuando no damos lo que deberíamos dar. Esto afecta lo que la iglesia es capaz de hacer. No obstante, cuando nuestra contribución es baja, semana tras semana, ya no estamos hablando de un problema acerca del dar. Estamos hablando de un problema del corazón. Nos entristece cuando no enseñamos ni bautizamos a tantos como pudiéramos. Nuevamente, no obstante, no estamos hablando acerca de un problema de ganar almas. Estamos hablando de un problema del corazón.

## CONCLUSIÓN

No hay manera de que yo pueda mirar dentro de su corazón, y no hay manera de que usted pueda mirar dentro de mi corazón. Al final de cuentas llega a ser una cuestión entre cada uno y Dios. ¿En qué condición está mi corazón? ¿En qué condición está su corazón? He aquí algunas preguntas para examinar el corazón las cuales nos pueden ayudar a saberlo:

1. ¿Se ha convertido la adoración en algo más que una formalidad para mí?
2. ¿Es la oración una serie palabras vacías para mí, simple honra de labios?
3. ¿Parece Dios distante y extraño, despreocupado por mis necesidades?
4. ¿Me he ocupado tanto de lo externo que he descuidado a la fuente de todo?
5. ¿He exaltado mi voluntad por encima de la autoridad de Dios y de su palabra?
6. ¿Está siendo tolerada la maldad en mi corazón y en mi vida —tal vez hasta siendo cultivada?

Piense una vez más en ese músculo hueco que bombea sangre por todo su cuerpo. Toda la vida física está encerrada en ese pequeño músculo. Ahora imagínese al corazón bíblico, la fuente de su vida espiritual, enfermándose. La muerte espiritual es inminente, a menos que usted haga algo al respecto con la ayuda de Dios.

Dios puede tomar su corazón endurecido, enfermo y darle masaje para volverlo a la vida. La sangre de Cristo puede limpiar su corazón y hacerlo puro nuevamente. No obstante, esto comienza con una rendición. ¿Se rendirá usted a Dios? Si usted no ha sido bautizado en Cristo, ¿por qué no hacerlo hoy (Marcos 16.16; Hechos 2.38)? Si usted necesita ser restaurado al Señor, ahora es el momento (Hechos 8.22–23; Santiago 5.16). ▼

<sup>4</sup> Esta es la primera letra del alfabeto griego, la cual corresponde a nuestra “a”.